

# Francisco Bauzá y la conciencia histórica nacional \*

por Ana Ribeiro

## La autora

Licenciada en Historia. Profesora en la Universidad Católica del Uruguay, el CLAEH y el Instituto de Profesores Artigas.

Es un placer doble para mí estar aquí mirándolos, porque veo muchas caras conocidas, queridas e ilustres, y porque además esta es una actividad —la primera, creo— que reúne en el ámbito físico de esta casa y en el área de

historia al CLAEH y al Departamento de Historia de la Universidad Católica, y eso me parece una cosa muy linda, muy meritoria para la impulsora de la idea. Por eso les decía que me siento doblemente halagada: por estas jornadas y, por supuesto, porque ustedes están acompañándonos.

Bauzá es un hombre multifacético, que ustedes han abordado en algunas de sus dimensiones a lo largo de la jornada de hoy y lo seguirán haciendo en la de mañana. Yo me voy a remitir exclusivamente a su dimensión historiográfica. Pero antes de hablar de la obra señera de Bauzá, que es la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, quisiera que nos remontáramos un poquito y pensáramos en qué marco histórico e historiográfico se escribe la obra.

La historiografía no tenía mucho tiempo en nuestro país. Bauzá es considerado, entre otras cosas, el fundador de la historiografía moderna en el Uruguay, si bien algunos autores —entre ellos Real de Azúa— prefieren ubicar la moderna historiografía nacional en torno a Eduardo Acevedo, y distinguen a Bauzá como un precedente importante. De cualquier manera, hablar de historia como relato orgánico y hablar de Bauzá son cosas que resultan indisociables, por cuanto nuestra historiografía no tuvo formas muy orgánicas anteriores al relato de Bauzá. Curiosamente, la historiografía nace por lo general enrabada con la

---

\* N. R.: Por un lamentable error, esta exposición apareció sin sus párrafos finales en el número anterior de *Prisma*, dedicado a evocar la figura de Francisco Bauzá en el centenario de su muerte. Publicamos aquí la versión completa y ofrecemos nuestras disculpas a la autora y los lectores.

literatura, y las primeras formas historiográficas en nuestro país —como suele suceder en otros países— tienen mucho que ver con los relatos de viajeros, con poesía, con sagas heroicas, con narraciones de protagonistas directos, con cosas que poco asociamos con lo que se considera un relato histórico moderno, con causalidad y estructuras determinantes.

Entre esas tantas formas, las más antiguas —como las de los padres jesuitas Lozano y Del Trecho— no se escribieron sobre nuestro territorio sino sobre el Río de la Plata, al cual nuestro territorio pertenecía. Aparecen luego otras que todos ustedes habrán disfrutado: las crónicas de Ulrico Schmidel, los versos de Martín del Barco Centenera, esas composiciones tan curiosas que contaban, a la vez, historias de hechos fantásticos y de hechos reales. Se las relataba en versos perfectamente contruidos desde el punto de vista literario, los cuales, sin embargo, tenían citas al pie, tan documentales como las tradicionales en los trabajos de investigación histórica. Félix de Azara, a su vez, pasa por estas tierras ya en pleno período colonial muy maduro, muy cercano al proceso revolucionario de 1811, y también deja un testimonio importantísimo acerca de lo que sucedía en estas tierras. No era el testimonio de un historiador, sino el de un sabio naturalista, observador atento de paisajes, suelos y pueblos.

Uno de los libros de historia más antiguos que aparecen en el Río de la Plata es el que escribe en 1817 el Dean Funes, en el que toca la importante temática del proceso revolucionario, entonces en pleno apogeo. Pero nuestro territorio aparece siempre subsumido en la mirada que abarca el Plata, que era entonces una unidad jurídico-política. Solo después de desprendernos de esa unidad la historiografía forjará un relato acotado a las nuevas fronteras.

Esa construcción historiográfica comienza por un ciclo poético, que a su vez nace muy relacionado con el ciclo épico, que es anterior a esa forma racional y de relato orgánico que caracteriza a la historia moderna y es dos o tres décadas anterior a Bauzá. Me refiero a algunos poemas sobre temas históricos, como los de Pablo Bermúdez, por ejemplo; a las crónicas, algunas muy buenas, como las de Larrañaga y Guerra; a ciertos libros como el del padre De la Sota, que a su condición de archivero de Montevideo sumaba un enorme afán por reunir documentación y una obsesión muy comprensible por ese pasado con cuyos papeles trabajaba a diario.

De la Sota entendía que uno de los problemas mayores del país era el de la indefinición geográfica, porque solo después de afirmado geográficamente el territorio vendría el período de maduración intelectual de la idea de entidad nacional. Entonces escribe un *Catecismo geográfico-histórico* que, como los catecismos de la época, hacía una pregunta breve y ofrecía la respuesta. A los alumnos en los colegios se les tomaba la lección de esa manera: causa y respuesta en forma inmediata.

En ese marco es que debe inscribirse la obra historiográfica de Bauzá, precedida de un jalón épico muy especial, precedida o acompañada —porque son casi contemporáneas— de las obras de Zorrilla de San Martín: *La epopeya de Artigas*, *La leyenda patria* y *Tabaré*. Había una enorme necesidad de contar la historia de un país que había madurado, por lo menos al punto de sentir que debía dejar atrás el debate de si tenían sentido o no el ser nacional y la construcción nacional, y era necesario elaborar un relato en el cual la gente se sintiera representada y expresada. Había que hacerlo, como es lógico, siempre apelando primero al sentimiento y después a la razón, porque los relatos fundacionales aúnan la memoria —tan mágica, afectiva y absoluta— con la historia, de impecable racionalidad.

Yo diría que en ese sentido —únicamente en ese sentido y no en cuanto a sus fechas— la labor de Zorrilla es *anterior* a la de Bauzá. Hay una tarea de impacto más afectivo que intelectual que cumplen varios autores y actores, a veces con el conjunto de su obra —tal el caso de Zorrilla— y a veces con fragmentos. Por ejemplo, la semblanza que Larrañaga hace de Artigas no forma parte de una labor de sensibilidad acerca de la revolución o del personaje, pero es una semblanza simpatizante que dará pie a la posterior reivindicación de Artigas, junto con otros testimonios de la época.

En realidad, nuestra historiografía nace marcada con algunas tareas que le son específicas y vertebrales, y una de ellas es la de *revisar*. Nuestra historiografía es intrínsecamente revisionista, porque entre otras cosas revisa la construcción de ese relato nacional que parte desde la mirada de la otra orilla y se desglosa de ella. Darle identidad propia al relato de los orígenes desataba la necesidad de confrontación; por eso, los relatos historiográficos nacionales en América nacen como compartimientos estancos que recrean luchas territoriales, usurpaciones, invasiones y agujeros negros que flanquean las fronteras.

Es en ese marco del *relato de los orígenes* donde se ubica la obra de Bauzá, que debemos asociar, además, a la modernización del país. Y es importante que se comprenda qué significa *modernización*, porque no es exactamente lo mismo que *modernidad*. Cuando el país se moderniza y necesita un relato orgánico de sí mismo, está participando de la forma más plena de la modernidad. La modernidad es una especie de clima intelectual —para dar una definición sencilla— que nos abarca y que compartimos con el resto de la civilización occidental, que tiene una maduración en la Ilustración y unas larguísimas raíces que se hunden en la visión cristiana del tiempo histórico y en la elaboración agustiniana del tiempo con dirección y con sentido. En historiografía, además, la modernidad es inseparable del proceso de secularización del relato histórico.

Explico esta última afirmación: la historia es un relato que, desde san Agustín en adelante, cuenta con un soporte que es el *tiempo lineal con dirección* y

*sentido*, que le da carácter unitario. Sólo se puede contar la historia de tal manera que todo esté relacionado —el segmento dos necesariamente desemboca en el tres, y el tres en el cuatro— si, como entidad anterior a toda creación de los hombres, hay *algo/alguien* que proyecta y marca la dirección y el sentido. Desde el Renacimiento, la civilización occidental seculariza la visión de la historia, lentamente pero sin pausa, y en esa secuencia de secularización del relato histórico la Ilustración será un punto muy alto. La modernidad se caracteriza, entonces, por una especie de lenta usurpación de la presencia de Dios en la historia de los hombres que se hace al tiempo agustiniano. Porque los hombres terminan explicando ese tiempo con relación y con sentido sin aludir directamente al creador del sentido y de la lógica interna del relato histórico comunitario.

Ese complejo proceso de secularización también comprende, por supuesto, la labor de Bauzá, porque comprende todas las corrientes intelectuales que nos llegan, que recibimos y de las cuales acusamos recibo muy claramente. Nos llegan en el siglo XIX el romanticismo y el positivismo. Es muy fácil inscribir a Bauzá dentro de la etapa de relato romántico, porque cumple a la perfección con muchos de los postulados del romanticismo: hace un relato de los orígenes de lo nacional, acentúa la noción de la historia como proceso y, como todos los románticos, al superar esa dicotomía en que la Ilustración es la luz y lo anterior es la sombra, da a todo el curso histórico —y a cada una de sus partes— un valor muy especial. El resultado es que, si toda la historia es considerada valiosa en cada uno de sus segmentos, no hay períodos en la sombra ni hay períodos en la luz. Toda la historia cuenta y los orígenes de una comunidad histórica son más valiosos cuanto más atrás se remontan. La búsqueda de un pretérito origen nacional es típica de la corriente romántica y Bauzá cumple rigurosamente con ese postulado.

Sin embargo, no debemos olvidar que el multifacético Bauzá fue católico: nunca dejó de serlo e incluso se vio postergado académicamente por su catolicismo militante. Parece curioso que un católico confeso participe en la construcción historiográfica del proceso de secularización, pero estas son algunas de las complejidades intelectuales que la historia y la historiografía tienen y que por suerte en este fin de siglo y de milenio estamos abordando. Probablemente este tiempo de inestabilidades que vivimos tenga una satisfacción cierta, y es que nos estamos animando con las complejidades.

Bauzá nos desafía con esa complejidad, precisamente, y lo hace en el proceso de contarle a una nación cuáles son sus orígenes, y contárselo haciendo hincapié no en la explicación divina ni en la causalidad divina, sino en el protagonismo de los hombres. En ese sentido afirmamos que Bauzá cumple con todas las reglas de lo que llamamos *proceso de secularización*, pese a ser un católico.

Pero ¿qué significa que la causalidad esté puesta en los hombres y no en una explicación divina de las cosas? Cuando prevalecía la visión historiográfica teológica, como sucedía en la Edad Media, era muy común encontrar la coexistencia de dos géneros historiográficos muy dicotómicos: los anales y las historias universales. En los anales de un monasterio francés podía leerse, a modo de resumen de todo un año: "Pasó el Rey", porque ese había sido el acontecimiento; al año siguiente el resumen decía: "Nada", y al otro: "Cayó un rayo, mató al toro" —es que el monasterio estaba en una aldea y toda la fuerza bruta de la labor agrícola dependía del animal, entonces la muerte del toro era una tragedia local—. Esa historia sin conexión, sin búsqueda, sin explicaciones, tan librada a dos o tres acontecimientos, coexistía perfectamente con una historia universal que comenzaba con Adán y Eva y terminaba con el rey que la había mandado escribir. Nosotros tuvimos en la *Historia patria* del hermano Damasceno (HD) un ejemplo de compacto histórico-teológico que comenzaba con Adán y Eva y terminaba con Batlle y Ordóñez, en perfecta armonía y sincronización. Es precisamente el tipo de historiografía que Bauzá no hace.

El relato de Bauzá hace hincapié en el protagonismo de los hombres, y por eso hoy es una fuente documental para todos nosotros: el sentido de conmemorar los cien años de la muerte de Bauzá está dado por la enorme vigencia historiográfica de su obra. Decir que alguien tiene vigencia no significa que todas sus interpretaciones sean actualmente válidas, porque los textos históricos envejecen. El relato histórico comparte con la literatura su condición, precisamente, de *relato*; ambos son construcciones y como tales están permanentemente sujetos a reinterpretación. Los historiadores escriben siempre desde su presente y buscando que todo el pasado que analizan culmine con cierta lógica en ese presente. Por eso no se puede contar la historia sin un criterio unitario. Uno de los dilemas intelectuales de este fin de siglo es dilucidar si realmente el proceso de secularización del relato histórico ha llegado a su fin. Si así fuera, la secularización absoluta deja al hombre como protagonista solitario de la historia, y eso ¿desbarata o no la noción de tiempo con lógica, con unidad, con dirección y con sentido? No aceptar que alguna fuerza superior externa al hombre le da dirección al todo, ¿termina necesariamente en la teoría del caos? La historia indudablemente está en una bisagra ideológica muy compleja que le exige definiciones profundas pero no rígidas.

No en vano la historiografía actual pasa por procesos múltiples de movilidad y de redefinición interna: es una manera de encarar esa coyuntura filosófica muy especial de la cual la historia no puede separarse. Por lo tanto, cuando digo que Bauzá tiene vigencia, digo que Bauzá hizo una de las obras que envejecen menos, que son aquellas que se apegan a la documentación, de manera respetuosa y amplia, porque la documentación respetada e incluida en amplitud tiene el atractivo especial de darles voz a los protagonistas de la época.

Esto no implica siempre darle voz al mismo sujeto histórico: hay épocas que visualizan a unos protagonistas y hay épocas que visualizan a otros.

Bauzá tuvo mucha amplitud para visualizar, pese a que normalmente, cuando hacemos clasificación historiográfica, decimos que pertenece a la "vieja historia", a la "historiografía tradicional", a la cual le sigue un período "transicional" y luego la historiografía más removedora del siglo XX. Esa "vieja" historiografía "tradicional", entre otras cosas, se caracteriza por contar la historia desde los grandes hombres y con el acento puesto en la vida política. Los encasillamientos son funcionales cuando uno debe dar una clase o cuando debe entender, pero esconden siempre las complejidades que, por suerte, desbordan todas estas cosas. En ese sentido Bauzá fue mucho más amplio que otros historiadores del mismo período.

Cuando Bauzá, desde esa coyuntura historiográfica, tiene que contar la *Historia de la dominación española en el Uruguay*, ya desde el título nos está dando unas cuantas pautas. Porque hablar de *dominación española* significa que condenaba un período y exaltaba aquel de ruptura con la colonia; él no nomina a su obra, por ejemplo, "Historia de nuestro territorio durante el período colonial y el quiebre revolucionario". Hablar de *dominación española* significa que pondría un acento importante en el ciclo revolucionario en esa conformación del ser nacional al cual él apostaba. Además, decir *Historia de la dominación española en el Uruguay* es anacrónico, porque el Uruguay no existía cuando los españoles eran dueños de este territorio. De modo que, desde el título, Bauzá nos revela su creencia, como buen romántico, en cierta predestinación nacional.

Los románticos, muy influidos por Hegel, cuando relatan la historia despliegan un *in crescendo*, porque conciben que esa dirección y ese sentido, ese ir "de menos a más", se realizan precisamente en la historia. La historia es el escenario de la emancipación, ya se la cuente desde el punto de vista religioso o desde el punto de vista del protagonismo humano. En esa historia como relato emancipatorio, la nación y el Estado son algunos de los valores que se desarrollan, porque —desde el punto de vista hegeliano— en la historia no crecen los valores negativos: los valores que crecen son los positivos. La historia como escenario de valores es algo muy caro a la estructura que Bauzá concibe para escribir su *Historia de la dominación española*. Esos valores son, entre otros, el de la nación, pero también el de la república. Es desde la república que él cuenta esa historia del país y la confronta con la de los adversarios. Estos eran, por ejemplo, los portugueses (una dominación ambiciosa) y los porteños (un poder central frente al cual la ciudad-puerto, Montevideo, va definiendo una nacionalidad antagónica).

Ahora les pediría que hiciéramos un alto y reformuláramos algunos términos

para entender por qué la construcción de Bauzá está envejecida en algunos aspectos, pese a su enorme vigencia por el apego a lo documental.

Cuando surge el proceso revolucionario, hay algunos términos que se manejan con fluidez y que no significan exactamente lo mismo que hoy. Por ejemplo, cuando en esa época hablaban de *pueblo*, de *ciudadano* o de *vecino*, no decían lo que solemos decir nosotros con esas palabras. Era muy frecuente que se dijera "los vecinos aquí reunidos" o "los habitantes de la ciudad" y "los de la campaña" como cosas diferentes, así se estuviera hablando de la gran Montevideo o del pequeño pueblito de Víboras, entonces recién fundado. En el proceso revolucionario, el término *pueblo* tiene una connotación corporativa, de raíz medieval, que significa un *todo*. Pero no es un todo igualitario, sino un todo que ha incorporado como legítimas las desigualdades de raíz económica que se reflejan socialmente y que son asimiladas con naturalidad.

Les doy un ejemplo que Bauzá incluye en su *Historia de la dominación española*. Cuando en 1816, ya a las puertas de la dominación portuguesa, el gobierno artiguista de Montevideo se enseñoorea por un breve lapso de todo el territorio (no solo de la campaña, donde siempre había tenido su baluarte más fuerte), se celebran pomposamente las fiestas mayas. Con esa calidez que uno puede sentir cuando va al documento, descubre allí cómo aquellos hombres del artiguismo, cuya cabeza más visible era Barreiro, señalan que las fiestas mayas conmemoran el 25 de mayo de 1810, pero aclaran que además conmemoran el 18 de mayo y la batalla de Las Piedras. Se los hace coincidir, pero se advierte que esa conmemoración es *por nosotros*. Se recalca allí un *nosotros*, había una voluntad de subrayar que teníamos una historia propia que recordar y que cumplir como destino. En el período revolucionario ya hay una determinación de autonomía muy fuerte, que quizás Bauzá y los hombres de la "historiografía tradicional" tildaron apresuradamente de "predestinación de lo nacional". Eso es algo que luego se ha revisado e impugnado a fondo. Quizás deberíamos revisar a los que revisaron, porque de verdad hay una autonomía muy fuerte, que no debe confundirse con nacionalidad pero tampoco puede dejar de verse, y Bauzá la vio con gran claridad. Su obra quizás está envejecida en esa afirmación de "predestinación de lo nacional", pero contiene elementos valiosos para una relectura de lo que significa y expresa el mito de los orígenes.

Internándonos en las fiestas mayas, por ejemplo, vemos qué significaba entonces *convocar al pueblo*. Porque Bauzá da voz a multiplicidad de actores sociales y esa es, precisamente, la parte más perennemente joven de su obra. Convocar al pueblo era llamar a las corporaciones, a la iglesia, a los estamentos sociales más destacados, a los vecinos de pro. Aparece entonces la gente organizada de acuerdo con la función económica que cumple, lo que en determinado momento histórico llamaríamos *los gremios*. Y finalmente, como si la

ciudad fuera una cebolla a la cual se le van sacando múltiples capas, en determinado momento del día también aparecen los sirvientes organizados en sus naciones y ofrecen un furioso candombe en medio de la plaza Matriz. También integraban el vocablo *pueblo*, lo cual no quiere decir que no se los vendiera, que no se los tasara, que no se publicaran anuncios para comercializarlos. La desigualdad estaba asumida, era natural e iba implícita cuando se decía *pueblo* en aquella época. Desde el siglo XX adjudicamos al término *pueblo* otra connotación y solemos equivocarnos haciéndoles decir a los personajes de la época algo diferente de lo que expresaron.

Cuando aquellos hombres decían *nación, estado, patria, gobierno*, solían usarlos indiferenciadamente, porque en la práctica les daban el mismo significado. Estoy recordando un libro muy épico y muy romántico sobre Andresito Artigas, por ejemplo, que señalaba que "el poder de Andresito terminaba donde llegaba la punta de su lanza". Esa es una típica frase de historiografía muy romántica, pero es casi correcta en este sentido: cuando ellos decían *gobierno* o *estado*, estaban significando la jurisdicción de un poder que llegaba hasta donde de verdad lograba imponerse, lo que dependía pura y exclusivamente de las armas, o sea que era una frontera que se movía todos los días. No tenían esa noción de algo orgánicamente definido que nosotros incorporamos en esos términos. "Incipiente Estado" es una expresión muy común en la documentación revolucionaria, porque los protagonistas de ese momento sabían que era una construcción provisoria y, por sobre todo, inconclusa.

A Bauzá le tocó historiar precisamente ese período de enorme movilidad, le tocó historiar el caos, porque las revoluciones son procesos de energía desatada. Él percibe y registra el caos, y cuando uno lo lee entiende que ese es uno de sus mayores méritos: registrar la complejidad social, la furia escondida que tiene un proceso de cambio. Si uno piensa que el proceso revolucionario quiebra el orden hispánico, concluye que no fue menor. Esa ruptura es algo que uno aquilata si atiende a la forma como se hablaba en la época. Cuando los documentos dicen, por ejemplo, "nuestro amado rey", esas son expresiones a las que debemos prestar especial atención. Nosotros podemos votar o no a nuestros presidentes y representantes, pero rara vez los *amamos*, ¿verdad? ¡Ni siquiera cuando los votamos! Ellos de verdad amaban al rey. ¿Qué significa eso? El rey representaba una unidad existencial, una armonía y una garantía del orden de las cosas. La figura del rey era emblemática y podía despertar sentimientos que hoy en día tenemos que ir a buscar en algunas figuras icónicas, fundamentalmente mediáticas. Sólo algunas de ellas logran despertar sentimientos de intimidad y afecto similares a los que resultan del conocimiento y trato entre las personas. Solamente la tarea complejísima de los medios de comunicación es capaz de suscitar ese sentimiento de pertenencia y de cercanía que la gente podía tener con un rey, al que sin embargo veía lejána-

mente desde abajo, como alguien superior al que se obedecía, pero que comportaba una lógica divina en sí mismo. Quebrar esa armonía requiere mucha furia. Bauzá tiene que historiar eso y lo hace, respetando y reflejando la enorme complejidad del proceso.

Si bien se relaciona a Bauzá con lo que se ha llamado la *tesis independentista clásica*, el que madura esa tesis no es Bauzá sino Pablo Blanco Acevedo. En Blanco Acevedo hay, sí, una exageración de la predestinación de lo nacional, una acentuación de la antigüedad de los rasgos de nacionalidad y de la unanimidad de la vocación independiente que no aparece en los textos de Bauzá. En Bauzá hay un equilibrio diferente, que yo atribuiría, entre otras cosas, a una filiación que no debe perderse de vista: Bauzá es hijo del Bauzá que participa en el proceso revolucionario, que participa en el momento de la quiebra y de la furia, que acompaña a Artigas durante largos años y que en determinado momento, como casi todos sus oficiales, se aleja. Francisco Bauzá es historiador, pero, como dice Braudel con una hermosa imagen, el historiador pertenece a un tiempo histórico y éste se le pega como la tierra a la pala del jardinero. Al hijo del oficial artiguista Bauzá le toca historiar un período en que su padre fue agente fundamental del furioso proceso de cambio, para luego abandonar las filas artiguistas y retirarse, junto con Oribe, a ofrecer sus servicios al Directorio porteño. Cuando historia los años 1811 al 20, Francisco Bauzá es historiador y es hijo de su padre y de su tiempo.

Hay un texto en el cual él confiesa algo que me pareció muy íntimo, para explicar el porqué de su libro. Allí dice:

[...] en el interregno de tiempo que media entre los días de la conquista y los del forzado abandono del terreno que se adquirió con tanto sacrificio, se ha formado una raza nueva, que absorbiendo los elementos de la raza primitiva y los de la sangre española adquiere al fin un carácter original, que por sus tendencias se hace dominador y reconquista la soberanía de la tierra, con la plenitud de los derechos ingénitos al hombre. No puede presentarse ocasión más bella al historiador que el momento de dar a conocer esta época, ni requirió esto mayores dotes de talento y circunspección.

Implícitamente está diciendo: "no se trata de que yo tenga tanto talento, lo que tengo es instinto patriótico". Bauzá entiende que su relato histórico es una tarea patriótica. Pero confiesa, además, algo que me pareció impresionante: "He dicho la verdad siempre, por más que ella en muchos tramos fue amarga". Es claro que contar algunos episodios de los cuales su propia familia había sido partícipe no puede haberle sido fácil. Porque en definitiva, ¿qué es lo que Bauzá sintetiza en sus voluminosos tomos? Él nos habla de un período colo-

nial en el cual los españoles tuvieron el papel civilizador por excelencia, al legarnos la lengua, la religión, las costumbres, con algunos elementos de mayor protagonismo que otros. Los jesuitas, dice, supieron ver y revelar el valor de lo nativo, si se lo aprovechaba de manera correcta. Los portugueses, por su parte, revelaron la riqueza escondida en el territorio y su valor estratégico. Los españoles fueron los que aprovecharon todas estas revelaciones y con un golpe militar establecieron una ciudad que iría moldeando un territorio, porque no debe olvidarse que el origen del país es la fuerza, que la que surge es una ciudad-fortaleza.

Observen cómo Francisco Bauzá participa del proceso secularizador en tanto remarca la causalidad y el protagonismo humanos, pero como cristiano conserva su concepción de la historia como un despliegue en el que se revela sentido.

Ese "golpe de fuerza" significa que hay algo heroico en la base, y él reparte ecuanímente las porciones heroicas: es heroica la resistencia indígena, y a su entender ella forma parte del ser nacional, así como es heroica la resistencia al portugués. Cuando llega el momento en que tiene que explicar el proceso revolucionario, apela a la idea de un *partido nacional*, partido revolucionario que representa la unidad emblemática de lo nacional. Cuando debe explicar por qué ese partido, que en 1811 tiene unidad y es un compacto que va desde el gaucho al sacerdote y al gran hacendado, luego se desfibra y culmina con el fracaso del proyecto artiguista, lo hace con una enorme ecuanimidad.

Quizás sea la parte de la obra que menos ha envejecido, probablemente porque es anterior a la exaltación de Artigas, a esa tarea historiográfica nacional que lo saca de la leyenda negra para ponerlo en otra igualmente inexacta, solo que de color dorado.

Cerca de los protagonistas directos y lejos del duelo de las leyendas negra y dorada, Bauzá construye un relato de gran frescura. Su tema es el momento en que se desmantela el orden colonial, ya que ese es el resultado de la revolución, y a la vez analiza la derrota que se gesta dentro de la propia revolución a medida que avanza y —finalmente— abre paso a ese "estado" y esa "nación" que allí abrevan sus raíces.

En la explicación de ese proceso atiende tan de cerca a los testimonios de la época, que —más allá de su interpretación— deja de cualquier manera la polifonía necesaria para que uno perciba las múltiples razones que las personas tenían para defeccionar. Digamos *defección* y no *traición*, porque ésta no es una buena explicación, y la historia, que desde Herodoto se ha caracterizado por explicar lo que cuenta, no debería darle cabida.

Bauzá no emplea el término; lo pone en boca de sus personajes pero él no lo usa, y realmente plantea con muchísima riqueza conceptual el proceso de desgaste de la propia revolución en su despliegue energético. Plantea cómo la

pérdida de bienes, la pérdida de estabilidad, el avance de un enemigo gigantesco (que eso era el Imperio Portugués) pueden terminar haciendo que la gente baje los brazos y abandone por una u otra razón. Bauzá explica ese tejido de acontecimientos a la vez mayúsculos y menores manteniéndose siempre tan cercano a los múltiples protagonistas que la amplitud de su causalidad nunca cae en la simplificación de la palabra *traición*. No puede hacerlo, porque de otra manera no puede explicar ni siquiera el accionar de su propio padre. Tenía una razón afectiva muy poderosa para tal actitud académica, porque aquellos años eran tierra de su jardín y se pegaban a su pala de jardinero.

Cuando la tesis independentista prosigue su curso, después de Bauzá, las cosas son bastante diferentes, y se termina elaborando la que tan duramente fustigó Real de Azúa bautizándola *tesis independentista clásica*. Creo que no le corresponden a Bauzá reproches en ese sentido; creo que conserva una enorme modernidad, desde las dos acepciones del término. Es moderno porque cumple con el mandato historiográfico de secularizar el relato histórico, y es moderno porque esa estructura de tres partes de su obra (los hechos, debates sobre esos hechos que cuenta y, finalmente, documentos de prueba) le da modernidad en el sentido de *cosa actual, cosa nueva* que sigue teniendo plena vigencia. Hoy casi toda la historiografía utiliza a Bauzá como fuente, y creo que ése es el mayor elogio que se le puede hacer a un siglo de su muerte.

Los libros históricos envejecen, y en ese sentido Bauzá conserva todavía una enorme lozanía. Él se propuso algo que entendía era una labor patriótica. Indudablemente, uno puede cuestionar mucho qué significa una labor patriótica desde el punto de vista historiográfico, y si el historiador tiene una misión patriótica o no, o qué es realmente el relato histórico; temas que la Historia debate actualmente consigo misma y con las Ciencias Sociales en su conjunto. Pero creo que el sentido que sí cumplió Bauzá es el de dejar una obra muy longeva, y una obra testimonial desde todo punto de vista. Casi todos los protagonistas y actores sociales tienen espacio y, si bien no siempre tienen voz, sí tienen alguna forma de presencia en su obra, y ése no es un mérito menor de nuestro primer historiador.

Quisiera dejarle a Gerardo Caetano el espacio que corresponde para que realice su comentario; creo que ya he ocupado el tiempo suficiente, así que les agradezco a todos la atención dispensada al escucharme. No quisiera despedirme, sin embargo, sin reiterarles que, personalmente, creo que la historiografía no debe dejar jamás de revisarse, y que a esta altura quizá debamos revisar a los que revisaron. Bauzá y gran parte de los historiadores de la "vieja historiografía" vieron con mucha claridad esa porfía en nuestra autonomía de la que, de alguna manera, derivó la maduración de lo nacional... ¡Con lo complejo que es definir lo nacional! Hoy discutimos acerca de identidad, por ejemplo, y eso forma parte del mismo debate, que se va metamorfoseando a lo largo del tiem-

po. Quizás si le damos a cada palabra su valor epistemológico exacto, podríamos reconocerles a estos viejos libros la enorme visión que tuvieron de esa construcción histórica. La realidad es siempre una construcción y eso involucra a cada generación.

Un historiador argentino que nos visitó hace dos o tres años fue entrevistado por un periodista, quien le preguntó qué pensaba del debate acerca de nuestra tan problemática identidad. Él, brillantemente, le contestó: "Yo creo que no tienen ningún problema de identidad, creo que discutir acerca de la identidad de ustedes es parte de la identidad de ustedes". Quizá Bauzá supo verlo, y si uno toma los términos históricos como cosas que también envejecen, si uno toma conciencia de que el vocabulario debe ser leído históricamente, los "orígenes de la nación" que vertebran la obra de Bauzá probablemente no sean historiográficamente tan vergonzantes como hasta hace poco pensábamos. No sé a ustedes, pero a mí me gusta la idea de revisar a los que revisaron, la idea de revisar permanentemente...

Muchas gracias.

## Resumen

*Francisco Bauzá es considerado fundador de la historiografía moderna en el Uruguay. Su obra se inscribe en el relato de los orígenes de nuestra nacionalidad y, si bien cumple rigurosamente con los postulados de la corriente romántica, participa en la construcción historiográfica de la modernidad. Al mismo tiempo, su catolicismo militante no le impide contar una historia secularizada, centrada en el protagonismo de los hombres. A cien años de su muerte, Bauzá continúa desafiando con su complejidad, y su obra, de enorme vigencia, es una fuente documental insoslayable.*